

le dió alas; las alas leves y sutiles de un ensueño inalcanzable.—L. D.

<https://doi.org/10.29393/At164-38CDLA10038>

LATIFUNDIO, por *Miguel Acosta Saignes*.—Editorial Popular, Méjico, D. F.

Miguel Acosta Saignes, joven escritor revolucionario venezolano, aporta en «Latifundio», obrita de unas doscientas páginas escasas, una valiosa contribución al estudio del problema económico-social del trópico americano al analizar la influencia del latifundio en el desarrollo económico de Venezuela y comprobar los perniciosos resultados que este sistema de apropiación y de explotación de la tierra ha tenido para la vida política y social de su país.

El libro de Acosta Saignes interesa por igual a todas nuestras gentes ya que no es Venezuela el único país indo-americano en el cual la supervivencia de la gran propiedad agraria constituye uno de los factores que impiden un sano y normal desarrollo de la economía.

En cuanto al Perú se refiere, el estudio del problema de la tierra, así como el de otros aspectos de la realidad económico-social, encontraron en Mariátegui un investigador genial, cuyas huellas han seguido luego destacados publicistas de la nueva generación revolucionaria del país hermano.

Por desgracia no puede decirse lo mismo de las otras repúblicas de la América Tropical. Inexploradas, o poco menos, han permanecido en ellas las causas fundamentales del retraso económico imperante. Y en tal situación, por la fuerza han continuado deleznable o incompletos los intentos de explicar satisfactoriamente las razones del desequilibrio permanente de su vida política y múltiples otras aristas de su accidentado devenir económico-social. Para nuestros eruditos a la violeta,

cuya sociología apenas rumiaba temerosamente a Taine y a Spencer, y para nuestros historiomanos que jamás alcanzaron a ver en la historia más allá de una sucesión incoherente de gestas heroicas, dichos famosos y anécdotas galantes, poca significación podía tener el hecho de que dentro del trópico americano sólo Colombia y Costa Rica—países en los cuales el latifundio no ha logrado corroer toda la vida económica—pudiesen mostrar instituciones políticas de carácter democrático que se desenvuelven con relativa normalidad.

En el caso de Venezuela—cuyo problema latifundista trata de manera bastante completa, dentro del límite de las posibilidades actuales, el libro de Acosta Saignes—, pueden citarse entre los autores de las generaciones anteriores sólo Vallenilla Lanz y Gil Fortoul como dignos de ser tenidos en cuenta. Ambos, a pesar de su miseria moral y de su interesado empeño en torcer Sociología e Historia para convertirlas en fámulas de la Tiranía, dejan a menudo escapar, bien a su pesar, constataciones de gran valor para el investigador futuro, resuelto a ahondar en la entraña de la realidad social y económica del trópico americano.

Vienen luego Salvador de la Plaza y Gustavo Machado quienes desde las columnas de la prensa de oposición de extrema izquierda que se edita en el exilio comienzan desde 1927 a introducir el análisis marxista en el estudio del hecho económico y social venezolano. Pero es sin lugar a discusión con los folletos y artículos dispersos de Rómulo Betancourt que efectivamente toma cuerpo el primer esfuerzo de conjunto por aplicar al caso venezolano los modernos procedimientos de investigación de los fenómenos sociales.

Acaece entonces la muerte del Dictador y, recobradas en su integridad por breve período las libertades públicas, entra en liza la abundante producción periodística a que todos contribuimos y sobresalen en las páginas de «Orbe» los escritos de Jovito Villalba, Inocente Palacios, Raúl Leoni, Rómulo Betancourt,

Gonzalo Barrios, Juan Oropeza, Tronconis Guerrero, etc.; y en «El Popular» Miguel Otero Silva, Rodolfo Quintero, Jorge Saldivia (cuya prematura muerte hoy lamentamos) y otros. Todo ello, empero, si bien sirve de poderosa levadura en los ánimos de una ciudadanía condenada a un silencio de décadas, no podía constituir, en medio de la inquietud y la premura de los tiempos, sino un aporte suficiente al tan necesario análisis de nuestra historia en marcha.

Puede, por lo tanto decirse que los problemas fundamentales que afectan la economía, la vida política, la realidad social venezolanas están aún en cantera, esperando ser tratados con la seriedad y consagración que merecen desde las páginas de obras completas y documentadas sólo capaces de encarar tarea de tanto aliento. Pues, si en los países vecinos a Venezuela escritores y economistas habían encarado tal estudio, así fuere desde un ángulo demasiado clásico o de una audacia asaz relativa, entre nosotros apenas con el régimen de López Contreras aparece un Alberto Adriani, economista de lineamientos moderados, cuya obra truncó una muerte inesperada,

«Latifundio» de Acosta Saignes señala la apertura de un nuevo ciclo, ya que con tal libro del ex-Secretario General del Partido Republicano Progresista entra en circulación la primera obra que aspira a abarcar en su conjunto una fase primordial y decisiva de nuestra realidad económica social; ello en los propios momentos en que todos esperamos la aparición—retardada por la acuciosidad de la policía de Caracas—del prometedo libro de Rómulo Betancourt sobre el imperialismo petrolero en Venezuela.

La obra de Acosta Saignes, escrita desde el exilio, encierra—pese a su exiguo volumen—una fuente positiva de información; así en cuanto se refiere a la magnitud misma del problema de la tierra en Venezuela, como en cuanto corresponde a la deletérea influencia del latifundio como factor de retraso

económico y generador de la miseria de la mayoría de la población en un país de vasta e incalculable riqueza natural.

Merecen especial mención los capítulos sobre la alianza entre el latifundismo y el invasor capital imperialista y aquél en que el autor demuestra hasta la saciedad la incapacidad económica del latifundismo. Pero son también muy de recomendar al lector interesado en esta clase de estudios el vivido cuadro de la miseria del poblador del agro y del llano venezolanos, situación que, naturalmente, tiene su raíz en el propio semicolonial régimen de propiedad y explotación de la tierra y que Acosta Saignes refleja con tanta certeza en capítulos como «Régimen» y «Vida y Muerte».

El libro del joven escritor y dirigente político venezolano es tan rico como aporte al análisis del problema a que se contrae que habríamos menester de numerosas páginas si quiéramos analizar siquiera sus aspectos esenciales. Es por ello que hemos preferido más particularmente hacer notar lo inexplorado de la materia tratada por Acosta para hacer resaltar el valor y la dificultad del esfuerzo del novel publicista quien —pese a la penuria evidente de datos sobre el problema que enfoca—ha obtenido su propósito fundamental de rendir servicio al propio país y a todos los nuestros, contribuyendo al esclarecimiento de la casi ignota realidad económico-social venezolana.—CARLOS A. D'ASCOLI.